

NARRACIONES, ENSAYOS, POEMAS

Edgar Allan Poe

Editorial EDAF

Traducciones de Ricardo Summers,
Aníbal Froufe y Francisco Álvarez

Madrid, 1972

El siguiente material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Prólogo	XI
Narraciones	1
Aventuras de Arturo Gordon Pym	3
William Wilson	225
Una historia de las Montañas Ragged	253
El dominio de Arnheim o el paisaje del jardín	269
El cottage de Landor	293
La isla del hada	311
El escarabajo de oro	321
El hombre de la multitud	367
Coloquio entre Monos y Una	381
La conversación de Eiros y Charmión	395
El hundimiento de la Casa Usher	405
La cita (Venecia)	431
Ligeia	449
Eleonora	471
Berenice	481
Morella	495
El retrato ovalado	505
El rey Peste	513
La máscara de la muerte roja	531
El barril de amontillado	541
Metzengerstein	553
El pozo y el péndulo	567
“Hop-Frog”	589
Descenso al Maelström	603
El manuscrito hallado en una botella	627
El enterramiento prematuro	645
El caso del señor Valdemar	665
El corazón delator	679
La caja oblonga	689
Los impertinentes	707
El demonio de la perversidad	741
Travesía fantástica	753
Los crímenes de la calle Morgue	773
El misterio de María Roget	821
La carta robada	883
Tú eres el asesino	909
La incomparable aventura de Hans Pfaall	943
El método del doctor Tarr y del profesor Fether	1011
El poder de las palabras	1037
La esfinge	1045
Von Kempelen y su descubrimiento	1055
El cuento mil y dos de Scheherezade	1067
La vida literaria de Thingum Bob	1089
El trance	1117
X en un párrafo	1131
El timo	1143
El ángel de lo extraño	1159
Mellonta tauta	1173
El aliento perdido	1193
El hombre que se gastó	1211
El hombre de negocios	1229
Sombra	1245

Silencio	1251
Cuento de Jerusalén	1259
Nunca apuestes tu cabeza al diablo	1267
Cuatro bestias en una	1281
Por qué lleva el francesito la mano en cabestrillo	1293
Bon-Bon	1303
El duque de L'Omelette	1327
Tres domingos en una semana	1335
El diablo en el campanario	1347
El jugador de ajedrez de Maelzel	1361
El alce	1395
Breve conversación con una momia	1405
Ensayos	1429
El principio poético	1431
La filosofía de la composición	1401
Nathaniel Hawthorne	1479
Charles Dickens	1501
Fantasía e imaginación	1529
Revelación mesmérica	1543
Marginalia	1559
Imaginación	1564
Shelley	1565
Hombres de talento	1567
Tom Hood	1568
¿Qué es poesía?	1570
La tienda de antigüedades	1572
Tennyson	1574
Defoe	1576
El señuelo del oyente	1577
Poemas	1579
A Helena	1581
El cuervo	1581
El valle de la inquietud	1587
Balada nupcial	1588
La durmiente	1589
El coliseo	1591
Leonora	1594
Himno católico	1594
Israfel	1594
Tierra del sueño	1596
A Zante	1598
La ciudad en el mar	1598
Para alguien en el Paraíso	1600
Eulalie	1601
A F.....s S. O.....d	1602
Silencio	1603
El gusano conquistador	1603
El palacio encantado	1605
A la ciencia	1606
Tamerlane	1607
Un sueño	1614
Romance	1614
La isla del hada	1615
A	1616
Al río	1617

El lago	1617
Canción	1618
Un sueño en un sueño	1619
Las campanas	1620
A Helena	1623
A Valentine	1625
Un enigma	1626
A.....	1627
A mi madre	1628
El dorado	1629
A.....	1629
A M. L. S.	1630
Para Annie	1631
Ulalume	1634
Annabel Lee	1636
El día más feliz, la hora más feliz	1638
Himno de gloria	1639
Espíritus de la noche	1642
Estrella de la noche	1642

MARGINALIA (INTRODUCCIÓN)

Al adquirir mis libros siempre he deseado que tuvieran un amplio margen; no tanto por amor a la cosa en sí como por la facilidad que me ofrece para anotar allí los pensamientos que me sugieren, coincidencias y desacuerdos de opinión o breves comentarios críticos en general. Si lo que debo anotar es demasiado extenso para ser incluido dentro de los estrechos límites de un margen, lo escribo en una tira de papel que deposito entre las hojas, teniendo cuidado de fijarla con ayuda de una imperceptible cantidad de pasta de pegar.

Todo esto puede que sea un capricho; puede que no sólo sea una práctica trillada, si no inútil; sin embargo, todavía persisto en ella y me proporciona placer, lo cual es un beneficio a pesar de míster Bentham y de míster Mill.

Este hacer notas, sin embargo, no es en modo alguno hacer de simple memoranda, costumbre que sin duda tiene sus desventajas. *Ce que je mets sur papier* –dice Bernardin de St. Pierre– *je remets de mémoire, et par conséquence je l'oublie*, y en realidad, si desea usted olvidar alguna cosa en el acto, a una nota para recordarla.

Pues las anotaciones marginales que no miran al del *Memorandum* tienen carácter propio y ningún claro propósito, como no sea el de no tener propósito alguno; esto es lo que les da valor. Poseen un rango algo por encima de los comentarios deshilvanados y causales de las charlas literarias, pues estas últimas, la mayoría de las veces, no pasan de ser “hablar por hablar” que brotan, precipitadamente de la boca; en tanto que la *Marginalia* son apuntes deliberados, porque la mente del lector desea descargarse de un pensamiento, aunque sea impertinente, necio o trivial; un pensamiento, y no meramente algo que hubiera podido ser un pensamiento con el tiempo y bajo circunstancias más favorables. En la *Marginalia*, además, nos hablamos a nosotros mismos, y por lo tanto hablamos con autenticidad, con audacia, con originalidad, con *abandonnement*, sin engreimiento, en mucho siguiendo el estilo de Jeremy Taylor, sir Thomas Browne, sir William Temple, el anatomista Burton y el analogista más lógico Butler, y algunos más de los viejos días que tenían demasiado que decir para preocuparse en cómo decirlo; los cuales, por haber sido dejados de lado, tienen un estilo capital: en realidad, un modelo de estilos, con un aire ricamente marginálico.

La falta de espacio en estas anotaciones tiene más de ventajoso que de inconveniente. No obliga (por muy difusa que sea la idea que abrigamos clandestinamente) a escribir como Montesquieu, como Tácito (aquí excluyo la parte final de los *Anales*) y aun como Carlyle, cosa que ya se me dijo hace tiempo, no se debe confundir con la mala gramática y la ordinaria afectación. Digo “mala gramática” por pura obstinación, porque los gramáticos (que deberían ya saberlo) insisten en que no debería decirlo. Pero entonces la gramática no es lo que los gramáticos han deseado, y al ser simplemente el análisis de la lengua, el resultado de dicho análisis será bueno o malo, según que el analista sea sensato o tonto (según sea como un Horne Tooke o un Cobbet).

Durante una tarde lluviosa, no hace mucho tiempo, sintiéndome sin ánimo para un estudio continuado, intenté evadirme del *ennui* buscando aquí y allá, al azar, entre los volúmenes de mi librería, que por cierto, si bien no es muy grande, en cambio resulta lo suficientemente variada, y, me complace decirlo, no poco *recherché*.

Tal vez sea lo que los alemanes llaman el escarceo-mental o humor del momento; pero mientras lo pintoresco de mis numerosas anotaciones a lápiz reclamaba mi atención, la variedad de los comentarios me divertía. Al poco rato me hallé deseando que otra mano extraña a la mía hubiese sido la responsable de haber atormentado de ese modo a los libros, e imaginando que en tal caso me habría producido grandísimo placer hojearlos. Partiendo de este pensamiento (como lo denomina míster Lyell, míster Murchison o míster Featherston Hang) era suficientemente natural: pero tal vez en mis garrapateos podía haber algo, como simple garrapateo, que pudiera interesar a los demás.

La principal dificultad consistía en el modo de transferir las notas de los volúmenes –el contexto del texto– sin detrimento de la fragilísima malla de inteligibilidad en la cual fue encajado el contexto. Con todas las referencias añadidas a las páginas impresas, mis comentarios se parecían con frecuencia a los oráculos de Dodona, o a esos de Licofrón el Tenebroso, o a los ensayos de los alumnos del pedante en la obra de Quintiliano, que se consideraban “necesariamente excelentes”, puesto que incluso él (el pedante) veía imposible comprenderlos”. ¿Qué quedaría, pues, de estos contextos si los extrajera, si los trasladara? ¿No sería más bien *traduire* (“traducir”, que es el sinónimo francés) u *overzezer* (“volver patas arriba”), que es el holandés?

Decidí, por fin, confiar del todo en la inteligencia e imaginación del lector; esto como regla general. Pero en algunos casos, donde ni la fe hubiera movido montañas, me pareció más seguro remodelar la nota para que por lo menos tuviera la sombra del conjunto. Allí donde para formarse la idea se hiciera

completamente necesario la presencia del texto original, podría citarlo; si fuera indispensable el título del libro, lo citaría. En resumen: como en el dilema de un héroe de novela, me hice el propósito de “guiarme por las circunstancias”, a falta de más satisfactorias reglas de conducta.

En cuanto a las numerosísimas opiniones expresadas en el párrafo siguiente, mi asentimiento actual con casi todo y mi desentendimiento con parte de ello, así como la posibilidad de haber cambiado de opinión en algunos casos o a la imposibilidad de no haberlo hecho, son puntos sobre los que no diré nada porque nada inteligente puede decirse de ello. Sin embargo, se debe observar que así como la bondad de un auténtico juego de palabras se halla en razón directa de su intolerabilidad, del mismo modo es el desatino el sentido esencial de la nota marginal.